

Política y Pacifismo

Albert Einstein. 1879-1955. Físico alemán. Premio Nobel 1921.

La Paz

El objetivo de asegurar la paz internacional fue reconocido en toda su importancia por los hombres realmente significativos de las generaciones anteriores. Empero, el desarrollo de la técnica en nuestros tiempos transforma el postulado ético en una cuestión de existencia para la actual humanidad civilizada, al mismo tiempo que torna la participación activa en la solución del problema de la paz, en una cuestión de conciencia, que ningún hombre consciente puede deudir.

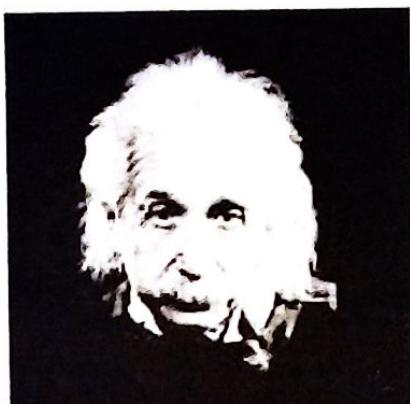
Hay que poner en claro que los poderosos grupos de la industria que toman parte en la producción de armas, proceden, en todos los países, en oposición a la regulación pacífica de las contiendas internacionales, y que los gobernantes sólo pueden obtener ese fin importante cuando están seguros del apoyo eficaz de la mayoría de la población. En nuestros tiempos de forma democrática de gobierno, la suerte de las naciones depende de ellas mismas, y todos deben tenerlo siempre bien presente.

Del servicio militar obligatorio

En lugar de permitir a Alemania que implete el servicio militar obligatorio, antes debería suprimírselo en todo el mundo y, en un futuro inmediato, no admitir más ejército que el profesional, sobre cuya importancia y equipo debiera dcliberarse en Ginebra, para cada caso. Ello sería para Francia más ventajoso que tener que permitir el servicio militar obligatorio a Alemania. De esta manera, se podría impedir la angustiosa influencia síquica de la educación militarista del pueblo y, con ello, la privación del derecho de los individuos aislados.

Más tarde, sería mucho más fácil para dos Estados que hubieran acordado someterse al arbitraje obligatorio destinado a zanjar todas las controversias que pudieren surgir de sus relaciones mutuas, fusionar sus organizaciones militares compuestas de soldados profesionales, en una sola organización compuesta de cuadros mixtos. Esto, en todo caso, sería un alivio en el aspecto financiero, y un paso adelante en cuanto a la seguridad, la que sólo ganaría con ello. Un proceso de fusión de esta naturaleza podría avanzar y desarrollarse en alianzas siempre más estrechas y conducir, al final, al establecimiento de una "policía internacional" que luego podría ir menguando a medida que aumentara la seguridad internacional.

¿Querrá usted consultar con nuestros amigos esta propuesta en calidad de invitación? Como se comprenderá, yo no insisto en esta propuesta en particular, pero me parece necesario que comencemos con algunas bien positivas, pues los meros ensayos de defensa podrían no llevar a resultado práctico alguno.



Las mujeres y la guerra

A mi modo de ver, en la próxima guerra se debería enviar al frente a las mujeres patrióticas, en lugar de hacerlo con los hombres. De todos modos, eso sería algo nuevo en ese ambiente desconsolado de confusión infinita. Y luego, ¿por qué no han de ser utilizados los sentimientos heroicos del bello sexo de manera tan pintoresca como lo es el ataque contra un indefenso civilista?

Cultura y bienestar

Si se desea medir el daño ocasionado al desarrollo cultural humano por las grandes catástrofes políticas, hay que recordar que la cultura más refinada y delicada es una planta sutil vinculada a complicadas condiciones y apta para proliferar y desarrollarse sólo en contados lugares.

Para su prosperidad necesita, en primer lugar, cierto bienestar que hace que determinada fracción de la población de un país deba trabajar en algunas cosas que no son de inmediata y vital necesidad para la vida. Para ello se requiere, además, una tradición moral en la valorización de los bienes y las obras culturales. Y para esta pequeña capa de la población tendrían que trabajar las demás capas sociales, las que elaboran los productos inmediatamente necesarios para la vida, proporcionándoles así a aquello la posibilidad de vivir.

Durante los últimos cien años, Alemania perteneció a los países en los que se cumplían las dos condiciones. El bienestar era modesto, pero completamente suficiente, y la tradición de la valorización de los bienes culturales, muy fuerte y arrraigada. Sobre esa base, el pueblo en cuestión creó valores culturales que no se podrán borrar jamás del desarrollo moderno de la vida. La tradición queda totalmente intacta, pero el bienestar se halla sacudido hasta las mismas bases.

A la industria del país se le ha quitado la mayor parte de las fuentes de las materias primas, sobre cuyas bases vivía casi todo la población que trabaja en ella. El superávit necesario para la manutención de los trabajadores que crean los valores espirituales, faltó repentinamente. Dadas estas condiciones de existencia, es inevitable que también la tradición sucumba y desaparezca, secándose de esta manera las fecundas fuentes de la cultura.

Hasta donde se precian y se estiman los valores y los bienes espirituales, la humanidad tiene interés en quedar asegurada contra tal empobrecimiento. En la medida de sus fuerzas, superará sus necesidades momentáneas y volverá a despertar a elevado sentido común, relegado a segundo plano por el egoísmo nacional —aquel sentido común para el que los valores humanos tienen en realidad valor, independiente de las fronteras terrestres y de la política. Proporcionará entonces a cada pueblo las condiciones de trabajo sobre cuyas bases éste podrá subsistir y seguir creando valores culturales.

Heredamos

Las generaciones pasadas podrían creer que los adelantos espirituales y civilizadores no era para ellas más que los frutos heredados del trabajo realizado por los antepasados —frutos que proporcionarian una vida más fácil y bella. Pero las graves necesidades de nuestro tiempo prueban que aquello fue una triste ilusión.

Vemos que deben realizarse esfuerzos máximos para que esa heredad no redunde en maldición, sino en beneficio para género humano. Pues, si anteriormente un hombre ya tenía tanto valor en el orden social como para poder sentirse hasta cierto punto libre del egoísmo personal, también ahora se le puede exigir que supere el egoísmo nacional y de clase. Porque sólo cuando haya llegado tan lejos podrá aportar y colaborar para que el seno de la comunidad humana sea mejorado.

Frente a esta importantísima exigencia del tiempo, los habitantes de los pequeños Estados se hallan en una misma situación relativamente más ventajosa que los ciudadanos de los grandes países, porque éstos se ven expuestos a los amagos del brutal desarrollo del poder de los dirigentes. El convenio entre Bélgica y Holanda, que constituye el único rayo luminoso en el desarrollo europeo de los últimos tiempos, permite también esperar que a las pequeñas naciones les sea reservado un papel dirigente en la lucha para obtener y alcanzar la emancipación del humillante yugo del militarismo, por medio de la renuncia a la autodeterminación, ilimitadamente libre, de los Estados aislados.